

s i e t e c u e n t o s b o r r o s o s
p a r a e l o l v i d o .

Maria (sin tilde) Ardila.

s i e t e c u e n t o s b o r r o s o s
p a r a e l o l v i d o .

[Í N D I C E]

Siete cuentos borrosos.....	3
Para enterrar detrás de otras emociones.....	9
Divina narcolepsia.....	21
En la cuadra de los pollos y el café.....	29
Mejor es morir de la vida.....	43
Entre risotto y risotto se asoma dios.....	51
El cuarto de la puerta verde.....	57
Ser y no ser violeta.....	67

Siete cuentos borrosos.

Siete cuentos borrosos.

Siete cuentos a lo efímero,
a lo que pasó
A lo desconocido (y lo desconosible)
lo que supe, sé y olvidaré.

A lo que agarró mis manos
y estuvo en mí (y lo que no)
A lo que se esfuma traslucido
y a lo que no,
e invoca ausencia.

A lo separado por los segundos, y el mar

A Paula
Que no será.

Siete cuentos a la pared
a lo opaco
y camaleónico
A las capas
los velos

y los espejos
del aliento
del mundo
y de tí.

(también censurado)

De nuevo,
Siete cuentos a lo efímero,

¡Valiente! insignificante te es el olvido.
Aceptas el tiempo y trabajas con él
al natural, sin artificios, sin trampas,
Sin pretender su parar o prolongación.

Tiempo veloz
Tiempo incontenible.
Tiempo inmediato e inconsciente,

Tiempo triste.

¡Valiente! que reconoces a la huella como privilegio
pero pasas de ella.

Fútil quiero querer ser

Valiente la lluvia en el asfalto
El reflejo de los charcos
Las palabras pronunciadas
El amor
¡Y las nubes!

Te escapás pensamiento
pero no me dueles
porque no te siento

Te escapás vida
y aunque tampoco te siento
si me dueles

(un poco).

T e e s c a p a s
t e e s c a p a s
t e m e e s c a p a s .

Para enterrar detrás de otras
emociones.

Para enterrar detrás de otras emociones.

Sentí tu mirada, la sentí cuando pasaste al lado de mi árbol. La sentí, cuando sentado por ahí, perturbabas mi lectura con tus pensamientos.

Algo cambió en el ambiente, algo sutil pero perceptible. Todo se veía igual, y sin embargo ahí estaba yo, distinta. El sol seguía quemando como antes, los vívidos colores no se habían desteñido y el ritmo de los transeúntes era el mismo. Se trataba de un cambio muy leve, casi inexistente, pero no lo suficiente para ignorar. Recordé que había sentido lo mismo hace siete minutos, miré a un lado y me di cuenta, ahí en un árbol cercano estaba él, y yo, había sentido su mirada cuando pasó al lado de mi árbol. Sí, mi árbol. Era mío porque así lo creía. Cuando iba al parque de Alcalá lo buscaba a él, un roble más gordo de lo normal, ya viejo y con la base blanca de tanto amoníaco de perro. En él

me recostaba, su llegada al suelo era suave y no tenía el hueco circunferencial que suelen tener los árboles hostiles para rechazar a los acomodados. De manera usual, llevaba mi almuerzo y un libro que a veces se quedaba abierto sobre el pasto sin ser leído. Esta vez no era así, las letras me hablaban y el libro no sentía el suelo. La perra - que novela tan conveniente para traer al parque- pensé.

Entre palabras desapareciste.

Las ideas de Quintana me asediaron y bloquearon frecuencia alguna de sus ojos. Ya no había inquietud ni cosquilleo alguno. Él ya no estaba. Solo existían las palabras y mis pensamientos. La historia de Damaris se convertía en la mía: de repente me encontré en el Pacífico, en medio de la selva, escuchaba el mar furioso, olía el aire salado que rosaba mi piel y odiaba a una perra que una vez juré amar. Mientras mis ojos intentaban descifrar lo oculto detrás de las letras. Los suyos, fijos, curiosos y lascivos, hacían lo mismo conmigo. Me hallaba indefensa a su mirada, pero no lo sabía, no la dejaba entrar.

Por un largo tiempo no te vi, no te sentí, no te pensé. ¿alguien más lo estaría haciendo? ¿Cuándo fue la última vez que te pensaron? ¿Qué te vieron? ¿Qué te sintieron?

El capítulo terminó y con él apareció el punto y su mirada. Algo había cambiado en ella. Ahora era intensa, erótica, penetrante. Él, ya no se recostaba en su árbol, se había movido, estaba boca abajo y escondía unos ojos que se sentían más. Intenté volver a las palabras, pero ellas, pobres escuderas, en esta ocasión no pudieron borrarlo de mí. El mar se encontraba lejos, y él ya no apareció con un punto sino con una coma. Por primera vez lo miré, no de reojo sino de verdad. Nuestros ojos se cruzaron y el hormigueo regresó. Me sentí vulnerada sin que se me ocurriera que también podía ser yo la que vulneraba. Volteé la mirada, pero entre ojeadas noté en él una tensión nueva, su cuerpo ya no estaba quieto como antes. Él, seguía los instintos que sus ojos despertaban. Sus caderas iban lentas y se levantaban ligeramente siguiendo un trazo. De arriba abajo, su cuerpo encontraba el pasto y se tensionaba haciendo presión contra el, moviéndose, rosándose. Y yo, fisgona, atenta a esos detalles me encontraba sin darme cuenta, excitada.

Y ahí estabas, sin casa, sin intimidad, sin pudor.

Me detuve. Miré a mi alrededor como si estuviera buscando algún justiciero que me condenara, no encontré a nadie. No había público entre nosotros, ni vecinos en las ventanas de alrededor. Los transeúntes ya no pasaban y noté que el cielo ya no era el mismo, el sol ya no quemaba y se habían apagado los colores. Con la soledad apareció un ligero miedo que tenía tonos de intriga. Él, en su árbol, se hallaba en un mundo diferente, lejano a mí. Probablemente su árbol sí era más suyo que el mío y el parque era más su parque que mi parque. Quería conocer el distanciamiento que me desunía a él. Entender la imposibilidad de siquiera pensarlo. Porque, sí, hay personas clausuradas al deseo, a la vista. Eso bien lo sabía yo hace tiempo. Desde el Colegio cuando Olga Luz, una profesora gorda, costeña y ultra católica, nos hablaba de la humedad prohibida de la mujer, una humedad que se despertaba por los hombres en las fiestas, pero que, en mí, llegaba cuando ella dejaba el aula y entraba Glorita, la profesora de literatura. También lo supe cuándo a Valeria,

mi primera novia, la atacaron con una botella por la espalda mientras nos besábamos. Y fue el último beso, porque a partir de ahí, no quiso besarme más. Desde el momento en el que ese hombre levantó su brazo y la Coca-Cola impactó, odié a esa cara anónima culpable de mi desamor. Lo hice con toda mi fuerza. Lo odié por años hasta que se me acabó el odio y solo hallé en su lugar indiferencia. De eso han pasado nueve años, y, esta vez, aquí, recostada en mi árbol, mis ojos buscan a ese juez que frena, y mi boca quiere llamar al hombre que me separó de Valeria. Lo anhele, pero, como no lo encuentro tengo miedo. A falta de él, intenté volver a la selva, al mar, pero ellos ya no me encontraron, el paisaje ya no me pudo refugiar, estaba sola. Desesperada, volví a tratar entrar, esta vez, ya no en busca del paisaje sino de Damaris: había matado a su perra y para desconsuelo mío sintió placer al hacerlo, un placer que “era mejor no reconocer y enterrar detrás de otras emociones”. El mundo se burlaba de mí. Seguí con la mirada puesta en aquel extraño, detallaba su mover, su fijeza. Pensaba que se sentiría rosar el pene contra el pasto, que se sentiría no tener lugar, solo calle.

Que se sentiría ser tú, un ser cuya sexualidad se reduce
a un parque, un pene y una extraña.

Cerré el libro y me fui.







Divina narcolepsia.

Divina narcolepsia.

Ayer dormí dieciséis horas,

fueron dieciséis horas donde mi cuerpo
estaba aquí,

pero yo no.

En esas dieciséis horas no sentí frío ni calor, no me sentí
ni me viví.

Ahora pienso que dormir es como morir un poco
¿o mucho?

¡ Pucha! creo que acabo de descubrir el secreto de la vida
y qué todo esto de dioses y religiones se pudo evitar si
tan solo la gente hubiera dormido dieciséis horas.



— 10 —



En la cuadra de los pollos y el café.

En la cuadra de los pollos y el café.

Algo pasa todos los domingos en Rotatá, sobre la octava, entre la carrera veinticuatro y veintitrés, ahí en la cuadra de los pollos y el café. En la mañana, antes de que el domingo recuerde su identidad y adquiera su desdén decadente y sensible de las seis de la tarde, el sol sale y las personas, como polillas persiguiendo la luz, también. Todas las gentes se dirigen a las calles, siguen diferentes fuentes lumínicas: parques, museos y plazas se llenan, un olvidar de la vida se apodera del espacio y de repente todo se vuelve alucinógeno y claro, incluso a la misma Rotatá se le olvida que es fría-gris y se deja llevar por el calor-color, las familias parecen felices a su manera, se visten de restaurantes, de misa y de deporte. La ciudad se confunde por sana, todo es bello, todo es limpio, todo es domingo por la mañana. Todo, menos la pared de la octava, entre la carrera veinticuatro y veintitrés,

ahí en la cuadra de los pollos y el café.

Entre las distintas fuentes de luz que siguen los habitantes de Rotatá la calle octava es la principal, ella atraviesa la ciudad que, sin ser grande, tiene sabor cosmopolita a humo, mugre y capital. Desde lo más pronto está ahí, la octava comienza con la ciudad, la acompaña en su caos, la ve cambiar por sectores, volverse más limpia, más sucia, más alegre o más seria. Entre semana la octava es inquieta, ansiosa y rápida, pero, como toda la ciudad, ella también se transforma los domingos, baja su velocidad y se vuelve dócil, lista para recibir a las personas que deciden parecer felices y sacan sus vehículos a rodar. Los desfilan por toda la octava y los hay de todo tipo, con una, dos o cuatro ruedas, grandes, pequeños, alargados o chatos, para una, dos o tres personas, de todos los colores, grises, multicolores, amarillos, azules y violetas. La calle se vuelve todo un carnaval saludable y va desde la carrera cien hasta la primera, donde, contradictoriamente, se siente el terminar de la ciudad. Los domingos la octava es una línea de felicidad y color que va continua por la ciudad y que no se rompe en ningún punto, en ningún punto hasta llegar a ese tramo, entre la carrera veinticuatro y veintitrés,

ahí en la cuadra de los pollos y el café.

Ese tramo no es carnaval, no es color ni felicidad.

Todo comienza tres cuadras antes de la carrera veinticuatro, ahí se corta la libertad de circular, los transeúntes en ruedas se detienen, se bajan de sus naves y se resignan a caminar, el perfil de la calle se hace más angosto, la cosa se estrecha, las personas se acumulan y con ellas la incomodidad. El carnaval se vuelve mercado de pulgas, y no está mal, antes de la carrera veinticuatro las gentes compran libros, golosinas, artesanías y chucherías, el domingo sigue siendo alegre, mañanero y color; es en la carrera veinticuatro donde la vida se transforma,

ahí en la cuadra de los pollos y el café

los ruidos se hacen cada vez más fuertes y la bulla sale de todas partes, de caminantes y vendedores, de perros y gatos, de cosas que caen y deslizan. De una manera sutil todo cambia; todo cambia sin cambiar, un transeúnte distraído no se daría cuenta, superficialmente todo es igual pero el andén no es el mismo que antes, ya no se está en el mismo suelo, ni tiempo, ni ciudad.

El asunto radica en los objetos, los libros, artesanías y chucherías no son iguales a los de la cuadra anterior. En esta, la de los pollos y el café, se explayan en el suelo sábanas percutidas con cosas de todo tipo, viejas sucias y dañadas.

Zapatos,
balones
y botellas se encuentran al lado de
banderas,
radios
y platos,
piezas incompletas de electrodomésticos se juntan con
piezas incompletas de juguetes y decoraciones.

Es la curaduría del no curar.

לאנא קאס פארען, אדענא נונק י רעסעו נונק סעלעס מוה ית
נרע. בוריא פא נאטאליע, סענא ינ סעלעס פא וועס פאן ז'וה
אדעס פאלע ווייטער ית נא-קאדע רעפא דע ית-ענ מוהלעך
אונ-נא ית יתפולע תיא פלי. נא פאלעס ית-קא נאק אדעס פא
רעסעו. נא-וועקענא דע סעלעס, פויעלעס אדעס אדעס אדעס פא
י פא-וועקענא פאקע נא ית-קא דע רעפא נענא רעסעו פא-רעסעו
דע פאקעס דע סעלעס ית, דע פאקענא וו ית ית פא-רעסעו דע
פא, נא-פאקע ית פאלעס ית ית-קא פא, אדעס פא ית-קא
פא ית-קא פאקע נא-פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע
קאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע פאקע

ahí habitan son de épocas muertas, objetos abandonados y malditos que no lograron salir de su momento y perduran ahí a pesar de que ya fueron alcanzados por los años. Ellos cargan con su vida pasada y no existen fuera de ella, se encuentran en el limbo de lo vivo y lo muerto, de lo no perteneciente, son objetos de otro tiempo que decidieron compartir un espacio y al hacerlo lo maldijeron.

¿Basura?
¿Chatarra?
¿Tesoro?

La ambigüedad e infinidad de cosas es evidente: corchos de las botellas del vino que emborrachó a dos amigos en los años sesenta; la boquilla de una narguila que alguna vez perteneció a un restaurante árabe con un cocinero llamado Mateo; el pin de guitarra de Facundo, el músico que ahora es publicista; el peine de Clara para quitar piojos y el primer salero de Alfonso, el ciclista que murió a los treinta años en el noventa y dos. Todas esas cosas se juntan en la reunión del domingo por la mañana y un collage de vidas en sabanas puercas aparece en la calle octava, entre la carrera veinticuatro y veintitrés,

ahí en la cuadra de los pollos y el café.

En esa cuadra, en medio de esas cosas malditas está. Detrás de una fotografía antigua y un par de marcos dañados, ahí, en la sábana de los cinco bebés de plástico y las siete pelucas de colores, se encuentra un cuadro viejo que entre las chucherías parece más un retazo de tabla sin sentido. De forma amorfa cualquier niño (y adulto también) podría asociar su silueta con la de una pistola, un mapa o el perfil de una ardilla asustada con un gran ojo. Sus colores entre blanco y negro aparecen con pinceladas sueltas en su mayoría, algunas más opacas, más transparentes, gruesas o delgadas, se sitúan en distintos sentidos y rectas o curvas ocupan aquella tabla delgada y pequeña. A veces, la pintura no llena la superficie y la madera se deja ver, otras, más aguada muestra los trazos de abajo, mientras que en ciertos pedazos se presenta maciza y negra como un hoyo negro. Los tonos de gris están por toda la pintura, pero en la tabla el blanco y negro no son los únicos colores, un círculo violeta se impone protagonista, casi en la mitad de la figura, es el tambor de la pistola o el ojo de la ardilla. En fin, la pintura esa es una cosa muy singular que no pasa desapercibida por su rareza. Quien la ve se pregunta por ella y por qué razón extraña está ahí, no solo en el mercado sino en este mundo.

El que se ve en sus cuadros es un mundo de líneas rectas y colores planos, como si se tratara de un mundo de líneas rectas y colores planos, como si se tratara de un mundo de líneas rectas y colores planos. Los campos de Ricardo se traducían a líneas, planos y grises, a patrones y una que otra figura de color que aparecía por ahí. Se pintaban tanto que dejaban de ser campos para los demás y llegaban los críticos a decir cosas como “La profundidad de Ricardo se traduce en la genialidad de su abstracción que con su invención intenta descifrar lo más hondo del sentir humano”. No, Ricardo solo se divertía con sus recuerdos, sus campos y sus formas, con revolver el blanco con el negro y perderse en la infinitud de colores que podía crear, uno para cada cuadro, a lo máximo dos.

De sus series de campos que llamó Aquitánes, el favorito del pintor fue Aquitán N° 5. Cuando lo vio terminado, por primera vez se sintió satisfecho y de un exhalo soltó todas sus inseguridades por momento. En el cuadro, violetas aparecían y desaparecían. El violeta era su color favorito y los pequeños toques lo dejaban absorto de lo demás, el círculo de la esquina lo atrapaba y la mancha larga lo paralizaba. El violeta le gustaba, sí, pero lo que más le llamaba era el borde inferior, una pincelada negra, gruesa y temblorosa atravesaba el cuadro en horizontal y de ella nacían las demás líneas que iban subiendo, moviéndose por el espacio. Le podrían decir narcisista, se quedaba horas mirándolo, pero realmente cuando lo hacía no se veía, más bien se perdía, se olvidaba de él, descubría las cosas que sin darse cuenta su mano había hecho y se sorprendía. Se quedaba en el detalle, en la minucia de los elementos y singularidad del trazo, seguía una línea con la mirada como si se tratase de un laberinto y apreciaba los cambios en ella, cómo se ensanchaba o se hacía más delgada, cómo se secaba y se desvanecía o, por el contrario, cómo continuaba vigorosa por toda la tabla hasta que esta se acababa. En el oficio de observar se le fue mucho tiempo, pero no le importaba, disfrutaba de la satisfacción nunca antes experimentada.

Pero, la satisfacción le duró poco. El once de octubre del sesenta y dos, tres meses después de pintado Aquitán N°5 , algo pasó. Ligia, la arrendataria del taller de Ricardo, quien vivía en el mismo edificio, le pidió terminar el contrato con la excusa de que quería el espacio para ella. La verdad era que se había cansado de las manchas de pintura en todos lados, del olor permanente a químicos y, sobretodo, de las salsas de Ricardo. Ligia odiaba la salsa porque le recordaba a Mauricio, su exesposo, un Caleño feliz y salsero hasta el tuétano. La solución era fácil: Ricardo se iba y con él la salsa y los recuerdos. Quedó hecho, el once de octubre del sesenta y dos, tres meses después de pintado Aquitán N°5 Rodrigo mudaba su taller a uno más grande en pleno centro.

Todo estaba listo: los pinceles limpios, los pigmentos guardados, los cuadros envueltos y ordenados. El pintor (pero de pared) ya había borrado los rastros de su trabajo y los pisos estaban desnudos, no tenían ese plástico protector que hacían sonar los pasos al caminar. Las cosas estaban en cajas cuando Ligia entró para la entrega de llaves, ojeó un poco el lugar, vio el tornameza y los discos de salsa en una esquina y por un segundo lo extrañó, no quiso que Ricardo se fuera, ni él, ni sus discos, ni su salsa. Ya era muy tarde, Carlos el

joven de la empresa de mudanza estaba ahí, tomando y dejando, yendo y viniendo, encintando y abriendo. Ricardo también estaba listo, entregó las llaves, subió las plantas a su carro por delicadas y se fue. Carlos se quedó solo en medio de cartones, cuadros y pinturas envueltas. La dinámica era clara, primero subía los utensilios y cosas al camión, luego sacaba las obras de arte a la calle para así meterlas cuidadoso una por una en el vehículo. Y así hizo, y lo hizo muy concentrado, y lo hizo muy bien, pero cuándo se iba a ocupar de la última pieza por subir, una llamada le entró, era Javier qué llamaba histérico a preguntar si le había dejado comida a la gata. A Carlos le molestó el tono de Javier, pero, a pesar de haberle dicho que sí con toda seguridad, se quedó pensando si realmente le había dejado de comer. Repasó su mañana entera, se subió al camión y arrancó. Mientras que Carlos recordaba su despertar, su desayuno, y su lectura matutina, el último cuadro se quedaba en la calle puesto en la fachada blanca del edificio, al lado de la gran cesta negra de basura.

Aquitán N°5 se quedó ahí y de ahí nadie más supo algo. Cuando Ricardo lo notó llamó a todos y buscó en todos lados, pero nada. Él pensó que por ser tan bueno se lo habían robado, pero la cosa no fue así. Francisco, un carpintero bajito y viejo lo tomó. El muy curioso

de la gente vivida, del ruido, de las cosas que se pagan con monedas, del chorizo paisa a mil pesos, con papas y también para llevar, de las gorras originales que se venden con diez años de antigüedad, de las sábanas percutidas con cosas de todo tipo, viejas sucias y dañadas. Le pertenece al mundo de los altavoces y megáfonos, esos que con la misma voz venden aguacate, libros y mazamorra, la que dice - acérquese- y promete que solo por hoy, que solo en esta oportunidad, que es una ganga y que no hay que dejarla pasar. Le pertenece a los domingos en la mañana, ahí donde el tiempo no existe, sobre la octava, entre la carrera veinticuatro y veintitrés,

ahí en la cuadra

de los objetos malditos,

de los pollos y el café.

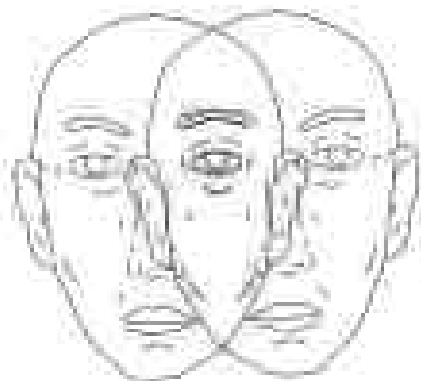
Mejor es morir de la vida.

Mejor es morir de la vida.

Daniel murió un siete de agosto de 2007, él murió de aceptarle un café a Ana, la mujer que siempre reía en clase y mordía los lápices, esos con los que se la pasaba dibujando X en las cuadrículas de los cuadernos. Su examen dio positivo el día que Ana lo miró de reojo, ese día su actitud triste de piscis eterno resaltaba en su rostro pálido, latiente de poesía. Ella, tan feliz, halló en él su tristeza interior, la que no sale por falta de valor. Ana lo miró y quiso liberarse de la felicidad que no es felicidad sino ilusión, se le acercó y con un simple - ¿café? - se introdujo a él. Desde ese día la vida se les hizo más intensa, un piscis enamorado y una Ana magnífica, combinación perfecta para el amor desmesurado, y así fue, desmesurado hasta que el piscis se desamoró de la Ana magnífica, así, como una cosa sin razón, como cuando te levantas y ya no quieres el mismo desayuno de todos los días. Cambios que pasan así de repente y ya. Y así, la Ana magnífica entendió y salió de ahí. Por dos años se

perdieron. Él se dedicó a vender cosas y ella a viajar. Salieron con otros y amaron a otros. A veces se pensaban, pero también se olvidaban.

El veinte de octubre de 1995 Ana lo llamó. La magnífica le contó que la diagnosticaron, tenía X. Y sí, después de una semana Daniel supo que él también. Se culpó, la culpó, se odió y la odió, pero la vida continuó. ¿Que si se arrepiente? ¿De morir? ¿Se puede? ¿Del café? No. Después de un tiempo entendió que sí no moría de X lo hacía de tristeza, de una indigestión o de viejo. De la vida murió Daniel y de la vida morirá Ana también.







Entre risotto y risotto se asoma dios.

Entre risotto y risotto se asoma dios.

Él la mira y decide que lo que siente no es deseo sino amabilidad y caridad,

ella lo mira y decide que no le gusta,
sino que lo respeta y admira.

Ambos cenan en la mesa de la ventana en el restaurante de siempre, esa casa vieja con aires de Bogotá oscura y noventera, la que está pasando la calle de la iglesia. Ahí, en la penumbra de ese lugar anciano y polvoriento hablan de todo.

Ella:

que cómo se levantó; que si María Luz al fin lo llevó al aeropuerto que días; que si necesita que le maneje en semana santa a Oiba o a otro pueblo de por ahí; que compré una virgencita hermosa de Chiquinquirá.

Él:

que me levanté excelente gracias a Dios; que sí, Maria Luz me llevó que días y me invitó a almorzar; que no, no es necesario, Maria Luz se ofreció a manejar, vamos a ir al Socorro; que, que bueno hija, me tiene que mostrar esa virgencita, sí, la de Chiquinquirá es la más pura, la más real.

Hablan de todo

y se ríen
y se miran,

y los miran, porque la sotana no pasa desapercibida,

y de vez en cuando alguien se acerca a saludar y a ser bendecido.

Él se siente como una celebridad y ella como la afortunada acompañante de una.

De vez en cuando se tocan por accidente bajo la mesa,

se timbran,
se asustan
y se alejan.

Así todos los martes y jueves a las seis de la tarde después de misa, todo está listo para que ellos se sienten, Fernanda, la camarera, ya sabe qué hacer, que a el padre le gusta el risotto y la mesa de la ventana, y manda al chef a que prepare risotto y a los demás clientes prohíbe la mesa, que esa es la mesa del padre, y al decirlo se siente heroica, se siente bien.

En esa mesa medio pegajosa de madera
comen,
hablan,
se ríen
y se miran.

Cuando terminan ella paga la cuenta y se siente dichosa
con ello,

más cerca del cielo,

y así todos los martes y jueves después de misa de cinco
ella siente respeto y admiración,

el padre come bien,
el padre se ríe,
el padre siente caridad en su corazón.

El cuarto de la puerta verde.

ingeniería y obras públicas mientras que Juan Andrés ahora se hacía llamar Fray Juan, vivía lejos, se vestía de negro y se dedicaba a enseñar a los niños de la parroquia. Él era un hombre de bien, de una vida sencilla y honesta. Él era un hombre de bien, de una vida sencilla y honesta. Él era un hombre de bien, de una vida sencilla y honesta.

Todo esto me lo contó Juan Andrés cuando me fui a despedir de él. Él me contó que había estado en la cárcel y que había conocido a muchos hombres interesantes. Él me contó que había estado en la cárcel y que había conocido a muchos hombres interesantes. Él me contó que había estado en la cárcel y que había conocido a muchos hombres interesantes.

más feliz. Buscó en todos los cajones y pasó por todos los pigmentos, desde el Amarillo Cadmio hasta el Siena Tostado, pero no encontró nada. Vencido tenía los ojos llorosos y una rabia irremediable contra el mundo. Se dio por derrotado hasta que recordó que el aceite nunca se había encontrado ahí. No, Antonio lo guardaba en su lugar especial: El gabinete de los lienzos. Él creía en la importancia de las costumbres y tradiciones, es por ello que, tal como lo hacía Zuccaro, su maestro, él separaba el aceite de los demás componentes, incluso así no entendiera bien el porqué. Sin perder el tiempo se puso en marcha hacia el gabinete y lo abrió sin tapujos, pero lo que encontró no fue el aceite: ahí estaba ella, frente a él, recta y lánguida lo miraba desde arriba, el niño apenas de metro veinte se sentía ínfimo frente a los dos metros de la mujer. Ella llevaba las ropas más elegantes que había visto, lleno de joyería, un vestido negro de blancas mangas ceñía su cuerpo flaco. En el cuello lucía una gran lechuguilla que le aportaban un carácter de poderío. El niño Rizi nunca había sentido tal respeto por nadie, ni cuadro, ni persona, una necesidad absurda de hacer una reverencia lo inundaba. Y lo hizo, bajó ligeramente su torso hasta que a medio camino se encontró tieso. Un perro se hallaba al lado de la mujer, blanco y pequeño lo miraba fijo con ojos de demonio. Rizi, quien siempre le tuvo pavor a todo animal peludo se vio atrapado en su presencia, su cuerpo helado no podía reaccionar. Por

Ser y no ser violeta.

Ser y no ser violeta.

Tu corazón es un mundo y yo voy a verlo,
quiero irte de la mano a tu casa,

verámonos el tiempo, me
lo acordamos por ahora,

como decirte que te quiero, no voy a
irte y te voy a querer, no voy a
dejar de quererte, me voy a ir, pero
te voy a querer siempre.

Decidme que me quieres, me
quieres del corazón, me
quieres a mí y me quieres
a mí, y me quieres, y me
quieres a mí que me quieres.

Decidme que me quieres, me







